

Sabiduría es paz, Bassi, 1993 (detalle).
Biblioteca Antonio Caso de la Facultad de Derecho.



LA MUJER EN EL TIEMPO Y EN EL ESPACIO

Ocho de marzo. Una vez más las mujeres, desde lo individual y desde lo colectivo, levantamos la voz, la letra y el puño para decir “sí” y para decir “no”. Para darnos la mano y marchar juntas. Para hablar con quienes ven como normal la violencia y la injusticia. Para rebelarnos contra los principios de una sociedad patriarcal que privilegia a los hombres y relega a las mujeres. Para denunciar la violencia cotidiana que pretende carcomernos la dignidad, incluso a costa de nuestras vidas.

En este suplemento especial *Gaceta UNAM* presenta textos de once mujeres formadas en disciplinas humanistas. Porque la reflexión y el pensamiento crítico son sin duda una forma de resistencia, probablemente, la más afín a la vocación de una institución como la UNAM.

Ocho de marzo de 2020 no es uno más. No debe serlo y no queremos que lo sea.
#PorUnaCulturaDePaz #VamosPorMás



Suplemento especial
Ciudad Universitaria, 9 de marzo de 2020

COMPROMISO POR EL CAMBIO Y LA IGUALDAD DE GÉNERO

Ana Buquet

Directora del Centro de Investigaciones y Estudios de Género



ste 8 de marzo fue un día inédito para México. En la antesala del paro y las marchas convocadas a propósito del Día Internacional de la Mujer se respiró un intenso clima de descontento y debate que hizo confluir como nunca antes a los feminismos, a grupos de mujeres, a múltiples colectivas, a organizaciones civiles y a personas que a título propio exigen un alto al que acaso sea el síntoma más evidente y repudiable de la desigualdad de género: la violencia contra las mujeres.

La UNAM se inscribe en este ríspido panorama porque participa de las reflexiones sobre el problema y, sobre todo, porque es uno de los tantos espacios donde la violencia de género se reproduce. Los datos que disponemos de tres informes de implementación del *Protocolo para la atención de casos de violencia de género* son muy claros: más de 98% de las quejas son presentadas por mujeres y más de 95% de los denunciados son hombres. Esta realidad, de la que cada vez más se habla y cada vez más se queja la comunidad universitaria, ha sido el objeto de una acalorada lucha en que las estudiantes han jugado un papel protagónico y ha permitido gestar transformaciones notables a la normatividad y la estructura universitaria, como las aprobadas el 12 de febrero de 2020 en el pleno del Consejo Universitario, que incluyen la clasificación de la violencia de género como causa grave de responsabilidad en el Estatuto General y cambios en la integración del Tribunal Universitario.

No se puede negar que en la UNAM se han tomado distintas iniciativas, a lo largo de los últimos años, para avanzar en temas de género. Se han creado instrumentos normativos e instancias destinadas a atender las desigualdades entre mujeres y hombres: los *Lineamientos Generales para la Igualdad de Género*, el *Protocolo para la Atención de Casos de Violencia de Género*, el *Documento Básico para el Fortalecimiento de la Política Institucional de Género*, la Comisión Especial de Equidad de Género del Consejo Universitario, el Centro



de Investigaciones y Estudios de Género, con su Secretaría de Igualdad; las Comisiones Internas de Equidad de Género y, recientemente, la Coordinación para la Igualdad de Género como una nueva dependencia de la administración central.

Pero tampoco se puede negar que este andamiaje todavía es insuficiente ante las condiciones de desigualdad y de violencia que viven las estudiantes, académicas y administrativas universitarias. Y esto es así porque se requieren cambios normativos, estructurales y culturales profundos que permitan la atención altamente especializada de la violencia de género y la implementación eficaz de la política institucional de género en todas las entidades y dependencias de la UNAM. Estos cambios abonarán a que tengamos una Universidad más justa, democrática e igualitaria. Una Universidad más productiva e innovadora, porque la igualdad de género y la erradicación de la violencia permitirán la contribución plena de todas y todos sus integrantes y el máximo aprovechamiento del talento de las mujeres y los hombres universitarios.

La transformación de nuestra Universidad en esta dirección se apega a los acuerdos internacionales suscritos por México en la materia y a las leyes nacionales para la Igualdad entre Mujeres y Hombres y para el Acceso de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia.

Hoy la Universidad está movilizada con estos temas y se discuten acaloradamente en distintos espacios de la UNAM. Desde la Rectoría se están tomando nuevas iniciativas y valorando nuevas propuestas.

En este momento, es necesario escuchar la voz del movimiento estudiantil, cuya participación es fundamental en estas reformas. La UNAM está entrando a una etapa sin precedentes en la visibilización y el combate de las desigualdades y la violencia de género. Es necesario reconocer, en los cambios que se están produciendo hoy en la UNAM, el papel que están jugando sus alumnas, en particular las Mujeres Organizadas de Filosofía y de otros planteles.

En el Centro de Investigaciones y Estudios de Género estamos comprometidas con estos cambios y hemos dedicado una buena parte de nuestro trabajo a contribuir al avance de las condiciones de igualdad de género en la UNAM. A través de la Secretaría de Igualdad de Género del CIEG, nos ocupamos de actualizar el conocimiento sobre los principales problemas a que se enfrenta la UNAM en temas de género, de dotar a la Universidad de herramientas para el desarrollo y la implementación de normatividad, estructuras y políticas

“La UNAM está entrando a una etapa sin precedentes en la visibilización y el combate de las desigualdades y la violencia de género. Es necesario reconocer, en los cambios que se están produciendo hoy en la UNAM, el papel que están jugando sus alumnas”



e impulsar la transformación de sus dinámicas desde un enfoque de igualdad de oportunidades y no discriminación.

En nuestro país se cometen 10 feminicidios al día, es decir que asesinan a 10 personas cada día por el hecho de ser mujeres o niñas. Ante esta terrible realidad, nos enfrentamos además al carácter conservador y machista que subyace en muchas declaraciones oficiales, por ejemplo, cuando se plantea que las mujeres somos un grupo que no puede defenderse y que estamos en situación de muy alta vulnerabilidad, como los ancianos y los niños; o que el tema del feminicidio se está usando para manipular u opacar otros intereses del gobierno.

Esta narrativa gubernamental reproduce el sistema patriarcal y nos muestra la falta de entendimiento sobre las causas y las consecuencias de las desventajas estructurales en las que vivimos las mujeres.

La violencia de género no es solo una forma de sometimiento; funciona como un mecanismo disciplinario para disuadir a las mujeres de vulnerar o desafiar las normas y expectativas asociadas con la feminidad, y al mismo tiempo constituye una reafirmación de la virilidad masculina. Pero la violencia de género no es un fenómeno aislado de las relaciones asimétricas de poder entre hombres y mujeres, sino que forma parte de una serie de mecanismos de control cuya finalidad principal es preservar la dominación masculina.

Las mujeres no somos un grupo vulnerable, somos la mitad de la población de este país y del mundo. Lo que necesitamos las mujeres es que las instituciones del Estado dejen de ser cómplices del patriarcado, que no encubran las prácticas machistas, que no protejan a los violentos, que no resguarden los privilegios masculinos. Lo que necesitamos las mujeres es que las leyes que protegen nuestros derechos no queden en letra muerta y que el Estado garantice la igualdad sustantiva y la erradicación de la violencia de género.

Las universidades de México deben jugar un papel protagónico en este proceso, transformando sus condiciones internas de desigualdad y violencia de género y educando a las nuevas generaciones en el principio inalienable de la igualdad sustantiva entre las mujeres y los hombres.

La UNAM debe estar en la vanguardia de estos cambios.



Lo que necesitamos las mujeres es que las leyes que protegen nuestros derechos no queden en letra muerta y que el Estado garantice la igualdad sustantiva y la erradicación de la violencia de género”

JUSTICIA CON PERSPECTIVA DE GÉNERO

Leticia Cano Soriano

Directora de la Escuela Nacional de Trabajo Social



En sociedades como la nuestra con graves desigualdades sociales y brechas de género, la lucha de las mujeres es histórica en la legítima demanda por la igualdad y equidad de género, que reafirman a los movimientos feministas hoy más vigentes que nunca en los escenarios políticos y sociales en el mundo.

Dado que la igualdad de género es un derecho humano, éste debe garantizarse a todas las mujeres como sujetas de derechos y portadoras de una historia combativa, crítica y de rechazo a las nocivas prácticas en las relaciones de poder del sistema patriarcal, machista, excluyente y discriminatorio que ha predominado en contextos como los que hemos vivido en nuestra sociedad.

¿Hasta cuándo se entenderá que la violencia de género es una flagrante violación a los derechos humanos? Es asimismo un problema social de carácter estructural consecuencia de la desigualdad e inequidad de género y que generacionalmente



ha predominado con los estereotipos, roles y formas de vida que en los diferentes contextos socioculturales reproducen las relaciones autoritarias de poder.

Ya no es posible invisibilizar la violencia hacia las mujeres incluido el agravioso odio hacia ellas definido como feminicidio o la misoginia y la homofobia. Llegó el momento de desnaturalizar la violencia de género y particularmente la violencia hacia las mujeres. Esto seguirá siendo posible gracias a la lucha frontal de colectivas, mujeres organizadas, organizaciones sociales, defensoras de los derechos humanos, la comunidad LGBTTIQ, activistas, académicas, creadoras, artistas, madres, entre muchas otras.

Por ello, es urgente la transformación de las estructuras, las reformas a los marcos normativos y el diseño de una política institucional para la igualdad y la equidad de género.

Hoy más que nunca debe reconocerse la lucha de las mujeres en contra de la discriminación por razones de género, de origen étnico, de identidad sexogenérica, por citar algunas, y poder transitar a entornos donde sea una realidad la justicia con perspectiva de género y las prácticas cotidianas que rechacen todo tipo de violencias, para revertir las deterioradas relaciones humanas que hoy prevalecen y dar paso al fortalecimiento del tejido social comunitario que es, sin duda, una condición central para tener mejores convivencias sociales con respeto y dignidad.



EL PUESTO DE LA MUJER EN LA SOCIEDAD MAYA ANTIGUA

Mercedes de la Garza

Doctora Honoris Causa

C

omo lo expresa el mito cosmogónico contenido en el libro sagrado de los mayas quichés, *Popol Vuh*, los varones fueron creados para venerar y alimentar a los dioses, misión que cumplían por múltiples caminos, y la mujer, para acompañar a los hombres y procrear a los hijos. Esto significa que el matrimonio, y todas las actividades relacionadas con él, fue el principal camino de realización de las mujeres mayas.

El matrimonio era monogámico; se efectuaba en una importante ceremonia, pero los viudos y las viudas se unían sin ceremonia alguna, y se consideraban casados cuando el hombre era admitido en la casa de la mujer y ella le hacía la comida. Tal vez los cónyuges podían separarse voluntariamente, pero el adulterio era severamente castigado; a los hombres, con pena de muerte, y a las mujeres, con infamia pública y, en algunas ocasiones, también con pena de muerte.

La mujer maya se concentraba en las funciones de ama de casa, esposa y madre, la educación de los niños, la elaboración de los alimentos y de los vestidos, el cuidado de la casa y la crianza de animales domésticos. Sin embargo, también tenía un papel activo en la producción de bienes de subsistencia y participaba en la vida pública, ya fuera en el comercio o en la política.

Sobre la mujer en la época de la Conquista española, el fraile Diego de Landa, en el siglo XVI (*Relación de las cosas de Yucatán*), proporciona muchos datos, según los cuales las mujeres “son grandes trabajadoras y vividoras porque de ellas cuelgan los mayores y más trabajos de sustentación de sus casas y educación de sus hijos y paga de sus tributos, y con todo eso, si es menester, llevan algunas veces carga mayor labrando y sembrando sus mantenimientos. Son a maravilla granjeras, velando de noche el rato que de servir sus casas les queda, yendo a los mercados a comprar y vender sus cosillas”.





Añade que se ayudaban unas a otras para hilar las telas, y respecto a los animales domésticos, entre los cuales los principales eran perros y pavos, el fraile dice que criaban aves para vender y comer, así como pájaros para su recreación y para obtener las plumas con que hacían la ropa. También asienta que dan el pecho a los corzos, “con lo que los crían tan mansos que no se les van nunca”.

Confirmando las palabras del fraile, hay varias pequeñas esculturas en barro realizadas desde el periodo Clásico (300 a 900 d. C.) que representan mujeres embarazadas, cargando niños o cachorros de perro, de jaguar y de otros animales, tejiendo en telares de cintura, portando madejas de hilo, en actividades rituales y en estrecho abrazo con hombres, incluso ancianos (estas últimas se han interpretado como el vínculo del dios solar y la diosa lunar).

Pero las mujeres también realizaban otros oficios, como el de parteras y chamanas, oficios que se daban por elección divina y que requerían pasar por ritos de iniciación, como los sacerdotes y los chamanes. Conducían ritos realizados en el campo, en las noches y bajo la Luna, para iniciar a las doncellas que iban a casarse, en los secretos de la sexualidad, el embarazo y el parto. Estos ritos se relatan en el *Libro de los cantares de Dzibalché*, recogidos en la época colonial. Asimismo, las parteras efectuaban el rito de bautizo de los recién nacidos, como se dibujó en el *Códice Madrid*.

En muchos retratos de los gobernantes, esculpidos en estelas y paneles de piedra, en el periodo Clásico aparecen a su lado sus esposas, participando en los ritos que ellos debían

realizar, por ejemplo, practicando el autosacrificio, como en el dintel 24 de Yaxchilán. A veces se menciona a varias esposas, lo que muestra que en los linajes ilustres existió la poligamia, tal vez por acuerdos políticos o cuestiones de linaje.

Según las inscripciones jeroglíficas, algunas mujeres de linajes ilustres incluso llegaron a ocupar el poder supremo, como la señora Yohl Ik'nal, que fue designada “Sagrada Gobernante de B'aakal” (Palenque) por derecho propio. Se menciona también a la reina madre de Caracol, señora B'atz' Ek', quien desempeñó un papel político activo; y la mujer

que más honores recibió en la historia maya fue la señora K'abal-Xoc de Yaxchilán, esposa principal de Itzam Balam.

Y en el grupo de sacerdotes de la época prehispánica se encontraban los *ajk'uhuun*, “señores de los libros sagrados”, guardianes de los códices, que tal vez los escribían, y se contaban entre los nobles que sabían leer y escribir. Había otros importantes cargos sacerdotales y un gran número de sacerdotisas o *ixajk'uhuun*, o guardianas de los códices, o sea, mujeres letradas. Estas actividades no excluían al matrimonio, como lo expresa el texto que asienta que la Señora Estrella Vespertina de Yaxchilán, madre de Yaxun Balam, lleva ese título. Confirmando estos datos, existe una figurilla de Jaina del Periodo Clásico, que está sentada con las piernas cruzadas y, sobre ellas, hay un códice que ella sostiene con una mano. Sin duda, era una sacerdotisa “señora de los libros sagrados”. Todos estos datos revelan que las mujeres eran fuertemente valoradas y podían llegar a los estratos más altos de la sociedad por derecho propio.

“**Había otros importantes cargos sacerdotales y un gran número de sacerdotisas o *ixajk'uhuun*, o guardianas de los códices, o sea, mujeres letradas**”

¿VIVIR JUNTOS?

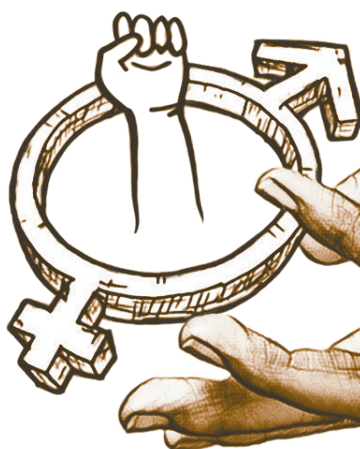
Leticia Flores Farfán

Profesora del Colegio de Filosofía, FFyL



n las últimas semanas hemos escuchado a varios comentaristas y locutores de noticieros televisivos afirmar que en México se está dando una nueva “revolución feminista” orientada a erradicar la violencia de género y, su cara más atroz, los feminicidios.

No sé si realmente lo que está aconteciendo pueda ser calificado como una revolución o no. En todo caso ya vendrá el tiempo de evaluar sus efectos y caracterizar su acontecer. Lo que es claro es que las oleadas de mujeres que han azotado con furia los monumentos, las puertas y las paredes de las ciudades en que se han manifestado y los contingentes que se han plantado frente a las oficinas de esa prensa amarillista que ha hecho de los feminicidios un espectáculo, recrudeciendo así la representación de la mujer como un objeto sexual a disposición, son manifestaciones de una rabia incontenible que creció por la indiferencia e impunidad institucional que reinan en este país. Las mujeres universitarias, por su parte, han hecho de las tomas de las instalaciones educativas la estrategia para visibilizar el acoso y la violencia de género que parece haberse normalizado en las prácticas académicas cotidianas. La legitimidad y urgencia de atención de estas demandas parece indicar que estamos en un punto de no retorno y que el patriarcado “tendrá que caer” o, cuando menos, eso anhelamos.





***Nadie quiere vivir en permanente miedo.
Nadie, ni mujeres ni hombres. La exigencia
de una vida libre de violencia tiene que ser
para todas y para todos”***

El tono de las protestas hoy en día es reflejo de una situación nacional ciertamente abrumadora pues los feminicidios dejaron de ser una preocupación local de Ciudad Juárez (donde los medios de comunicación ubicaron y limitaron este fenómeno), para convertirse en una crisis nacional cuya extrema violencia se denuncia en la consigna feminista “Nos están matando”. Los discursos oficiales de funcionarios varones que pretenden ser solidarios y sensibles con la causa feminista, pero que hablan de “nuestras mujeres” o que dan permiso para la manifestación de “un día sin nosotras”, dejan entrever lo arraigado del imaginario machista en nuestra sociedad. En México persiste no solamente la doble jornada femenina de la que dio cuenta Simone de Beauvoir, sino la condena a las mujeres por “abandonar” a los hijos para salir a trabajar o por ser “madre soltera”. A la fecha las mujeres seguimos luchando porque se legisle que el aborto sea un derecho universal en todos los rincones del país y que el sistema jurídico, dominado por hombres, deje de revictimizar a las denunciantes y preste la atención debida a la violencia cotidiana, el acoso callejero y las miles de desapariciones que acontecen en el país. Toda esta gama de desigualdades y violencias conforman el contexto en donde debemos ubicar la rebeldía feminista de nuestros días.

En este ambiente agitado, sin embargo, la reflexión y el debate argumentado no han podido tener lugar. Pero la indignación y el coraje no pueden obnubilarlos a tal punto que no podamos diferenciar las violencias machistas para dar paso a la construcción de estrategias pedagógicas, culturales y de política pública que atiendan desde el hostigamiento y el acoso en la dinámica escolar hasta los feminicidios. A las que nos hemos dedicado a la reflexión desde hace décadas, nos preocupa el que no se ha logrado hasta hoy construir la confianza para un debate nacional serio al respecto del tema.

Y cuando digo que no hay un debate no solamente pienso en los actores políticos que en muchos casos han minimizado las expresiones en las calles, ni a los hombres, a quienes se les ha dejado intencionalmente fuera de la discusión en respuesta a ofensas sistemáticas o porque se piensa que no han prestado oídos a quienes les han interpelado por décadas, sino también a las propias mujeres a las que se les considera aliadas del patriarcado solamente por manifestar alguna discrepancia o algún matiz con relación a las formas de lucha. Durante años los estudios de género han insistido que no existe un único feminismo, sino diversos y heterogéneos feminismos, cada uno con

sus propias preocupaciones, aunque todos ellos tengan al patriarcado como el enemigo a derrocar. Estoy segura que ninguna mujer, biológica o no, quiere vivir bajo la violencia machista, ninguna quiere ser vejada, violada, asesinada, acosada, hostigada. ¿Cuál es la vía de acción para derrumbar ese orden patriarcal? No creo que en esto alguien tenga el monopolio o la última palabra. Preguntarnos entonces por la viabilidad y la pertinencia del separatismo, de la vía judicial para reglamentar las relaciones interpersonales, de las tomas de instalaciones educativas, del reclamo de empatía incondicional enmarcado en el “Yo te creo” es un imperativo que las académicas no podemos eludir.

En los últimos meses quienes apoyan la toma de instalaciones, la pinta de monumentos, el escacheo, el separatismo más radical señalan a las sufragistas de inicios de siglo como modelo a seguir, y como claro ejemplo de que la violencia es la única ruta para la transformación social. Y quizá tengan razón. No entraré aquí en discusiones profundas, pero es claro que la violencia como legítima defensa es absolutamente justificable cuando las vías institucionales son negligentes y resistentes a cualquier transformación; los cambios históricos, como todos sabemos, no se han dado pidiendo permiso. No debemos olvidar, sin embargo, que las sufragistas no normalizaron ni mantuvieron indefinidamente la violencia como estrategia para lograr sus objetivos. Como afirma Rita Segato, la violencia no se convirtió en un lenguaje porque se buscó articular acuerdos y pactos que viabilizaran la vida en común y posibilitaran un espacio institucional para las propuestas de la lucha feminista. Las sufragistas son un ejemplo de renovación social, de cómo una sociedad puede dar una respuesta madura a reclamos legítimos, pero también de cómo ellas abrieron paso a la construcción de un acuerdo que permitiera «vivir juntos» y construir lo común entre hombres y mujeres.

Pronto llegará el momento en que haya que acordar una nueva ruta de convivencia entre todas y todos las y los que queremos la vía institucional para solucionar el desacuerdo y articular la convivencia. El tema al que el feminismo más aguerrido tendrá que enfrentarse, incluso por estrategia para concretar el triunfo, es cómo sentarse a dialogar con todas y todos sus participantes, con todas las mujeres y todos los hombres, con todas las minorías que, aunque apoyen la causa, no necesariamente están de acuerdo con los tenderos, con el escacheo o con el juicio sumario del *hashtag*. Estas feministas radicales tendrán que sentarse a dialogar

y conformar acuerdos con ese gerontofeminismo, que ahora desprecian por considerarlo en pacto con el patriarcado, si no quieren quedar encerradas en sí mismas e incapacitadas para articular una alternativa de convivencia a partir de los cambios sociales que ellas mismas han logrado impulsar.

Es tiempo ya de la autocritica, del análisis de los excesos y de la aceptación de lo alcanzado. Porque ser mujer y feminista no da un crédito ilimitado para destruir reputaciones, contraponerse al debido proceso y a la presunción de inocencia, ni para recurrir a prácticas antidemocráticas para lograr sus objetivos. Nadie quiere vivir en permanente miedo. Nadie, ni mujeres ni hombres. La exigencia de una vida libre de violencia tiene que ser para todas y para todos. El linchamiento en redes sociales y en las paredes del espacio público no sólo afecta la impartición de la justicia, sino que habilita una vida en común marcada por las prácticas de vigilar y castigar y por los roles de delatora y justiciera.

La autocritica tiene que incluir la revisión de ese discurso feminista que pide la muerte simbólica y real de todo varón asimilado en la palabra macho, que reclama la sororidad sin resistencias, que exige el “yo te creo” incondicional suponiendo que las mujeres no mienten, no tienen intereses y son libres de pasiones. La obligación de todas y todos es trabajar por crear espacios libres de violencia y, en caso de agresión, acompañar, auxiliar a la víctima para lograr justicia. Quizá porque pertenezco a ese gerontofeminismo que las feministas radicales desprecian no veo en todos los hombres al enemigo. Y no pecho de ingenua con relación a la explotación, la trata, el tráfico de personas y los feminicidios. Dudo que el separatismo sea la solución y no creo que su implementación acabe con las violencias y los feminicidios. Creo, sin embargo, que en el ámbito más acotado de la UNAM y, específicamente, de la Facultad de Filosofía y Letras, debe ser contemplada cualquier alternativa que permita bajar la tensión que se produce al querer simultáneamente respetar el reclamo del debido proceso con la exigencia de no convivir con el agresor en esta lucha por erradicar la violencia de género. Hay que preguntarle a la comunidad sobre su parecer, porque quizá sea mejor vivir tranquilos cada quien en su espacio que vivir con miedo juntos.



La obligación de todas y todos es trabajar por crear espacios libres de violencia

y, en caso de agresión, acompañar, auxiliar a la víctima para lograr justicia”

EL GRITO Y EL SILENCIO, POTENCIA DE LA VOZ: 8 Y 9 DE MARZO

Cinthy García Leyva

Directora Casa del Lago Juan José Arreola

T

ener voz, hacer voz. ¿Qué puede un cuerpo que habla? Pregunto frecuentemente esto a mis amigas, a mi madre, a mis colegas, a mis alumnas. Pienso con ellas, junto a ellas, estas posibilidades. Decir, desde luego, pero también censurar. Decidir callar o decidir hacer ecos. Renunciar, denunciar. Gritar fuerte, fuerte, o negarse a la voz de otro, de otra. Resonar con otras voces, alcanzarlas, pelear por las que no han podido hablar todavía. O guardar la propia. Idealmente, como voluntad. En nuestro país, como urgencia.

El silencio es un terreno de acción. Hace tiempo que se demostró que no hay nunca un silencio total, porque en él, quírase o no, aparecen siempre murmullos, los pequeños susurros de las cosas que en el escándalo no se atienden, las voces bajas, las sutiles, las no escuchadas. El ruido del cuerpo en reposo, en espera, en pausa o en recuperación. En el silencio más silencio hay algo siempre que suena. El comienzo de la escucha, se dice de él también. Potencia del grito.

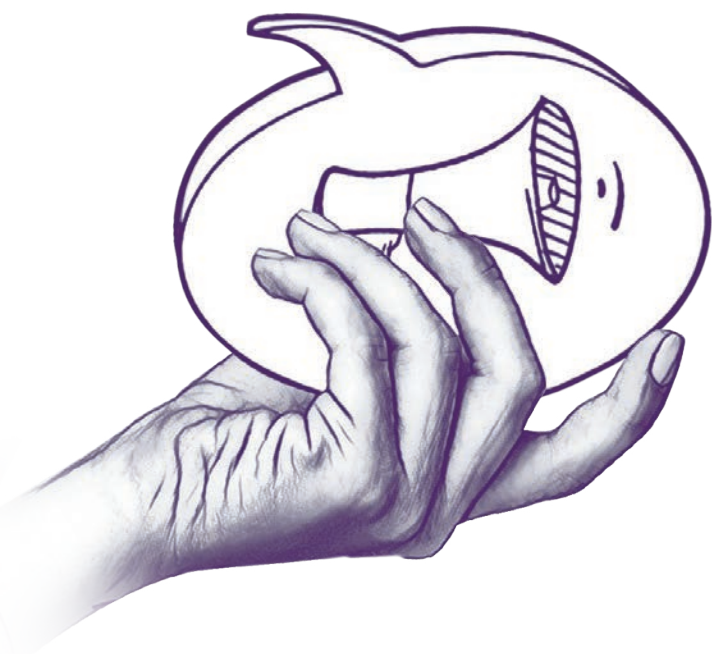
¿Hay algo más potente que engarzar una marcha de voces de miles de mujeres con un paro que va hacia el silencio? ¿Hay algo que formule más unidad, constelación de voces organizadas, que un contraste así, un 8 de marzo *gritante*, urgentemente *gritante*, y luego un 9 de marzo *silente*, radicalmente *silente*?

¿Cómo abrir, en esta nuestra urgencia, otro espacio posible de escucha de nuestras voces? “Preferiría no hacerlo”, será nuestro paro. Con una latencia anterior importantísima: y cuando lo prefiera, no habrá grito más vivo.



“

¿Hay algo que formule más unidad, constelación de voces organizadas, que un contraste así, un 8 de marzo *gritante*, urgentemente *gritante*, y luego un 9 de marzo *silente*, radicalmente *silente*?”



LA VIOLENCIA HISTÓRICA CONTRA LAS MUJERES

Margo Glantz

Doctora *Honoris Causa* y Profesora Emérita

E

n el inicio de *Las bodas de Cadmo y Harmonía*, Roberto Calasso relata un mito: Sobre la grupa de Zeus, disfrazado de toro, Eros coloca a la bella Europa para cruzar el mar; muchos testigos contemplan el rapto, inclusive Atenea. Al terminar de leer, surge la idea de que la mitología griega es la historia de una eterna violación: como si las mujeres fuesen reiteradamante víctimas de la historicidad en esas narrativas de origen construidas sobre un cuerpo femenino violado. Me remonto a una de las explicaciones más visitadas de la violencia contra las mujeres, con ella se construyeron mitos poéticos, referencia obligada de nuestra cultura occidental y, sin embargo, emblemas de esa “capacidad de aceptación y obediencia que mostramos los seres humanos frente al orden establecido, con sus parámetros de dominación, sus derechos, sus privilegios y sus injusticias perpetuadas fácilmente, como sucede con *La dominación masculina*”, título de una obra de Pierre Bourdieu.





**Víctimas y
funcionarios acaban
siendo semejantes
entre sí: aparecen,**

desaparecen, reaparecen.

**Aunque los cuerpos y los
nombres cambien, se diría
que se trata de una cadena
de relevos, en realidad, una
especie de clonación infinita,
reproduce las funciones
que juegan en esta macabra
tragedia los cuerpos”**

Menciono otro libro, el de Nicole Loraux, *Maneras trágicas de matar a una mujer*. Habla de las heroínas de la tragedia griega cuya muerte es sólo narrada, como si el hecho mismo “de matar a una mujer no pudiera confiarse más que a las palabras, como si sólo las palabras pudieran hacerlo con decoro”.

Muchas heroínas recurren al suicidio. En la tragedia, la forma de muerte reservada a las mujeres es la horca, una marca de infamia, de vergüenza, como la elegida por Yocasta, casada con su propio hijo. Para la mujer, la sangre es cotidiana; al morir debe evitar derramarla y suspenderse en el aire, estrangulada. El hombre muere en la batalla, escindido por la espada y virtiendo su sangre: “Jamás un hombre elige colgarse, aunque alguna vez lo pensara, siempre en la tragedia griega, un hombre se mata como hombre. Para una mujer, en revancha, la alternativa queda abierta: buscar en el nudo de una cuerda un final bien femenino o apoderarse de la espada –como Deyanira– para robarles a los hombres su forma de morir... Libertad trágica de las mujeres, la libertad en la muerte”.

Las bellas narraciones que disfrazaban la violencia les concedían a las mujeres un lugar en la poesía y su genealogía remontaba a la época de una fundación: explicaba un origen. No es un atenuante, es una verificación. Los asesinatos de mujeres actuales son quizá, si puede decirse, aún más violentos: las asesinadas no alcanzan un lugar ni en la historia ni en el mito y son despojadas aun de su posibilidad de iniciar su propia genealogía.

Efectivamente, cada día que pasa ese dato se comprueba con mayor contundencia: los asesinatos de mujeres ocurridos de manera sistemática hace varios años en Ciudad Juárez, narrados y denunciados hace tiempo con gran sobriedad y eficacia por Sergio González Rodríguez en su libro *Huesos en el desierto* siguen produciéndose con la misma regularidad ¿No declaró hace años un funcionario de esa localidad, “las mujeres en Ciudad Juárez no corren peligro, siempre y cuando tomen las medidas de precaución necesarias ya que actualmente son muy *confianzudas*? Deben siempre acompañarse por un familiar mayor de edad, sobre todo durante la noche y denunciar cualquier anomalía.”

Subrayo la flagrantia del adjetivo “*confianzudas*”; señalo otra anomalía: no se trata de denunciar cualquier hecho insólito –aunque este tipo de delitos no son de ninguna manera insólitos–, lo más grave es que para los encargados de vigilar el orden “no pasa nada”, y las mujeres deban circular custodiadas como

bajo estado de sitio, una confirmación de que en muchas regiones del país no existe el estado de derecho.

En el verano de 1995 se produjo el descubrimiento de tres cuerpos encontrados en un tiradero, los describe González Rodríguez: “... estaban semidesnudas. Boca abajo y estranguladas. Vestían ropa análoga: playera y pantalones vaqueros. Eran delgadas, de piel morena y cabellos largos”. El comentario del entonces vocero de la Policía Judicial del Estado reitera en versión especular la escandalosa respuesta de aquellos funcionarios nominados para resolver los crímenes, respuesta por lo demás tan sistemática en su cinismo como la reiterada identidad de las víctimas, aunque de repente aparezcan algunas que confirmen por su carácter excepcional el peso de la regla.

Víctimas y funcionarios acaban siendo semejantes entre sí: aparecen, desaparecen, reaparecen. Aunque los cuerpos y los nombres cambien, se diría que se trata de una cadena de relevos, en realidad, una especie de clonación infinita, reproduce las funciones que juegan en esta macabra tragedia los cuerpos. Por otro lado, los cuerpos de funcionarios policíacos substituidos en su criminal ineficacia por otros cuerpos cuya ineptitud vuelve a reiterarse con las mismas palabras, cuerpos diferentes con voces diferentes convertidos en suma en un mismo cuerpo y en el eco de una sola voz. Para comprobarlo cito unas palabras al azar proferidas por un funcionario; deletrean claramente su cinismo: “La seguridad de Ciudad Juárez está garantizada por mi dirección, y negar lo contrario provocaría una psicosis y la situación se agravaría aún más... Si corremos la voz de que hay peligro, los inversionistas y el turismo saldrían huyendo y eso sería como estarnos traicionando. No podemos ser tan extremistas, en Ciudad Juárez no pasa nada, *para eso estoy yo*”.

Los asesinos, los violadores así como las más altas autoridades del país manifiestan en su anonimato y en su indiferencia criminal el desprecio infinito que sienten por el cuerpo –¿prescindible?– de la mujer.

VIRGINIA WOOLF

Paulina Rivero Weber

Directora del Programa Universitario de Bioética

*En cien años las mujeres
ya no serán el sexo protegido.
Participarán en todas las
actividades y esfuerzos que les
están vedadas ahora.*

Virginia Woolf,
Una habitación propia, 1928

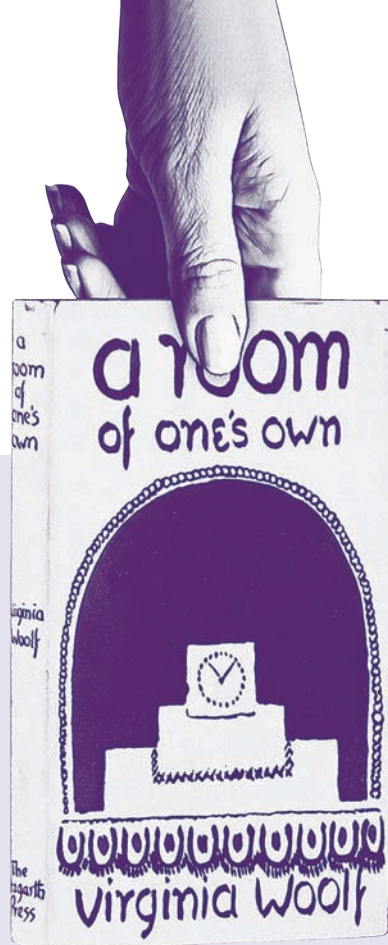
T

oda mujer, feminista o no, está en deuda con las grandes feministas que dedicaron su vida a luchar por nuestro derecho a la educación, al voto y a salir de casa. Aquí recordaré a una mujer que cuestionó la exclusión de la mujer de las universidades y analizó la vida de la mujer de letras: Virginia Woolf.

Creadora de la escritura del “flujo de la conciencia”, que en lugar de describir hechos desarrolla pensamientos, es conocida por obras como *Mrs. Dalloway*, *Orlando* y *The Waves*; pero es un pequeño escrito titulado *A room of one's own* (*Una habitación propia*) en donde analiza la relación de mujer con las universidades y con la escritura, a la vez que expone su teoría sobre emancipación de la mujer.

Este libro se gesta cuando como conferencista invitada de Cambridge, la reconocida escritora no podía ingresar sola a una biblioteca: la entrada le era permitida “a señoras”, únicamente “acompañadas por un profesor de colegio o provistas de una carta de presentación”. Caminar por el césped, era también prerrogativa de los señores profesores, de modo que más de una ocasión la conferencista fue expulsada de esos caminos, por ser mujer.





Woolf captó el rechazo a la mujer de parte de “hombres sin otra calificación que no ser mujeres”. Aquí hay “ira” se dijo y cuestionó: ¿Por qué están tan enojados?... Es absurdo que con el poder que les otorga el patriarcado estén enojados. Y respondió: porque para afianzar su seguridad, el hombre debe suponer que los demás son inferiores. ¿Y quiénes eran “los demás” en las universidades? Las mujeres.

Hoy tenemos el derecho a la educación gracias a mujeres como ella. Aun así, por años, mujeres inteligentes tuvieron que trabajar más que cualquier hombre mediocre para ser reconocidas: el ingreso de la mujer a las universidades no ha sido fácil. Pero las prácticas de exclusión van quedando atrás en nuestra Universidad, a pesar de que, lo sabemos, aún existen universitarios que realizan eventos sin expertas en el tema o publican antologías o historias que no incluyen mujeres especialistas.

Virginia Woolf consideró que, de manera paralela a la educación, la situación económica de la mujer es definitoria. Estudió la pobreza histórica de la mujer en la librería del British Museum, a la cual sí podía ingresar sola. Para una mujer, concluye, el dinero propio debe ser más importante que el mismo voto; no se trata de tener mucho, sino de ser capaz de solventar las propias necesidades.

Con valentía, Woolf pregunta: ¿Por qué no hay una mujer escritora de la talla de Shakespeare o Tolstoi? Porque por siglos no sólo han sido excluidas de la educación; cuando

“ **La humanidad se ha perdido del pensamiento de la mitad de la humanidad: conocemos lo que el hombre piensa de la mujer o del hombre, pero falta saber lo que la mujer piensa del hombre y de sí misma; falta la perspectiva femenina**”

Shakespeare escribía, golpear a la esposa era un derecho legislado para todo hombre y lo mismo contaba para una hija: golpear a la mujer era un derecho establecido. La mujer servía al hombre: por eso una mujer de gran talento, en los siglos pasados sólo podría enloquecer, suicidarse o aislarse del mundo para ser llamada “bruja”. Eso responde porqué no hay una Shakespeare en la literatura.

La mujer que quiere escribir, concluye Woolf, requiere su propio espacio; una habitación propia y autosuficiencia económica. La humanidad se ha perdido del pensamiento de la mitad de la humanidad: conocemos lo que el hombre piensa de la mujer o del

hombre, pero falta saber lo que la mujer piensa del hombre y de sí misma; falta la perspectiva femenina. La mujer fue un espejo que le devolvió al hombre su imagen agigantada, y ya es hora de dejar de ser espejos, para lo cual es necesario *dejar de pensarnos en relación con los hombres.*

Graciela Hierro, quien abrió la puerta de los estudios de género en México, alguna vez me explicó lo anterior. “Mírame dijo: se trata de pensarnos de manera independiente del hombre. No de negarlo ni hacerlo a un lado, sino de comprender que, con o sin él, somos la misma persona, somos un ser humano que vale tanto como cualquier hombre, como cualquier otro”.

Puedo decir que la UNAM lo ha comprendido: lo ha llevado a la práctica y lucha día a día por acabar con las prácticas de exclusión.

BOCETOS DE DOS HOMBRES FEMINISTAS Y DE DOS MUJERES SOBREVIVIENTES*

María Teresa Uriarte

Investigadora del Instituto de Investigaciones Estéticas



El solo nombre de Malintzin, Malinche, doña Marina, evoca en la mayoría de los mexicanos el rechazo a la mujer que sirvió de intérprete a Hernán Cortés en su conquista de la Nueva España.

Pocos sabrán cómo fue la vida de una jovencita vendida como esclava, sin que sepamos las razones para ello. Malintzin era originaria, casi con seguridad, de Coatzacoalcos y fue vendida en Xicalanco el punto más importante de comercio entre el Altiplano Central y la Zona Maya.

Por su origen hablaba popoloca, aprendió el náhuatl quizás por la frecuencia en que los mercaderes nahuas, los pochtecas, visitaban la zona. Mucho se habla de su probable origen noble; sin embargo, ignoramos más de lo que sabemos ¿Y qué sí sabemos? Que era una mujer bien preparada y que hablaba al menos estas dos lenguas cuando fue vendida. Aprendería después el maya chontal y el maya yucateco; más tarde, como era natural, el castellano.

Por bien que la hayan tratado, sabemos por las investigaciones de antropología física que las mujeres en general comían menos y con menos calidad que los varones, ninguna novedad...

Ignoramos cómo fue iniciada en su vida sexual, pero fue muy probablemente en su periodo de esclavitud. Si fue consentido o forzado no lo sabemos, tampoco sabemos si fue madre. Sí sabemos que los mercaderes no separaban a los hijos de sus madres.

Cuando llegó Hernán Cortés a estas tierras y después de cruentas batallas, finalmente derrotaron a los habitantes de la zona. Malintzin y otras 19 mujeres fueron entregadas como regalo para apaciguar a los españoles después de las derrotas sufridas por los putunes.

Al desembarcar Cortés en San Juan de Ulúa, por supuesto que Moctezuma ya sabía que habían llegado y tal vez las famosas profecías no fueron más que maneras conocidas por eficaces para advertir a la población de los cambios que se avecinaban.



En los primeros intercambios con los enviados de Moctezuma, Cortés se da cuenta de que Jerónimo de Aguilar no le podía servir de intérprete porque no hablaba náhuatl.

¿Qué hizo Malintzin, que sí entendía esas lenguas? Pues hacerse insustituible, como cualquier mujer inteligente lo habría hecho.

En los códices indígenas en donde aparece Malintzin siempre ocupa un sitio importante y tiene un tamaño mayor a los de las otras personas alrededor.

Malintzin fue tan importante para los tlaxcaltecas en los primeros momentos de la Conquista que los locales le dieron su nombre a un monte muy especial para ellos: El Cerro de La Malinche.

Malintzin pasó de ser una jovencita esclavizada, que por su educación y por su conocimiento de diferentes lenguas se convirtió en la interlocutora de los dos protagonistas más importantes del choque de dos continentes –Moctezuma y Cortés– pero también fue testigo de un mundo que se derrumbaba, un mundo de desesperanza y ella estaba en medio, fue una persona liminal, que gracias a sus dotes personales logró sobrevivir en ese mundo que terminaba.

¿A quién le debía lealtad Malintzin? Desde luego no a Moctezuma ni a quienes la habían esclavizado; en todo caso a Cortés, a quien ella identifica rápidamente como un líder vencedor y se da cuenta de los numerosos enemigos que Moctezuma tenía.

Se dice que los tlaxcaltecas le ofrecieron asilo si dejaba a los españoles, pero ella llegó con los extranjeros, por tanto, era considerada una enemiga ¿Por qué habría de confiar Malintzin en los tlaxcaltecas? ¿Por qué les debería lealtad? ¿A quién traicionó Malintzin? En mi opinión y después de haber consultado numerosas fuentes y escritos sobre ella, fue una mujer que a pesar de las adversidades, logró adaptarse a sus circunstancias, una mujer valiente que identificó el fin de una era y el inicio de otra en la cual, por azares del destino, ella había sido protagonista principal y las fuentes dicen “esa mujer extranjera que vino a dar órdenes a nuestros señores”. Los mexicas en verdad la odiaron y de ahí viene ese odio contra una mujer que al final de cuentas solo buscó la manera de sobrevivir en un mundo que colapsaba y uno nuevo que nacía y en donde ella veía un futuro para los hijos que había concebido en este nuevo mundo.

ELVIA CARRILLO

Elvia Carrillo Puerto fue la hermana de Felipe y compañera de lucha de Salvador Alvarado cuando fue gobernador de Yucatán en los albores del siglo 20.

Pocos saben de la lucha inteligente y dedicada de esta yucateca singular, guapa e intrépida. No es la única, Yucatán tiene una larga y prolijo semillero de feministas en los inicios del siglo XX.

Me tocó ver en El Palacio Cantón una maravillosa exposición que se llamó Ko’olel, Transformando el camino, sobre el ramillete de mujeres que como característica común tenían el hablar la lengua maya, el haber ido a la escuela y el compartir la lectura de escritores de avanzada en diversos países, sobre el socialismo y la lucha de las mujeres.¹ Como Flora Tristan, Mary Wollstonecraft, Victoria Woodhul.

Ko’olel en maya porque debo decir que tanto Elvia Carrillo Puerto, que me resulta tan fascinante, como sus hermanos y la mayoría de las feministas yucatecas hablaban la maya, como se dice en Yucatán, porque además era común que las familias no muy adineradas tuvieran un estrecho contacto con hablantes de la lengua.

Para ellas, como resulta dolorosamente vigente 100 años después, la mujer indígena sigue en la marginación, la segregación y el olvido. Cito a la autora Monique J. Lemaitre “Elvia Carrillo sabía instintivamente que la mujer es la proletaria del proletariado”²

El 14 de julio de 1912, Elvia Carrillo Puerto organiza la Primera Liga Feminista Campesina; en 1916 organiza, con el apoyo del gobernador Salvador Alvarado, el Primer Congreso Feminista en México.

Quiero referirme a algunos hechos que sirven de claro ejemplo de la convicción que tuvieron tanto Salvador Alvarado como Felipe Carrillo Puerto, ambos apoyados e influidos por Elvia, de la importancia de la educación y de la incorporación justa y retribuida de la mujer en la fuerza laboral de la sociedad.

Cuando fue gobernador, Alvarado construyó 100 escuelas rurales y 40 escuelas suburbanas en Yucatán, estableció el primer colegio Montessori en Mérida. Convocó un Congreso Pedagógico para que se sentaran las bases que llevaran a la transformación de la sociedad desde la escuela primaria. Promovió la creación del Decreto 167 que establecía que la edad de emancipación de la mujer era a los 21 años y no a los 30 como hasta entonces.³

Tanto Salvador Alvarado como Felipe Carrillo Puerto estaban convencidos de mejorar la situación de la mujer indígena⁴ y Elvia, con su ejemplo, quería transformar la participación de la mujer a través de la educación.

Elvia organizó campañas de alfabetización, e higiene femenina y control de la natalidad; sus discursos eran en español y en maya.

Felipe le dio una enorme importancia a la construcción de caminos –y convencido como estaba de que los constructores de las grandes ciudades precolombinas como Chichén Itzá, habían sido obra de mayas antepasados de los actuales– invitó a los arqueólogos de la Universidad de Harvard a trabajar en ese sitio, el cual comunicó con un buen camino desde Dzitas.

Fijó el salario mínimo para Mérida, promulgó leyes del Trabajo, del divorcio y estableció lo necesario para ayudar

1 Esta exposición fue idea y la coordinó quien entonces era directora del museo. Giovana Jaspersen.

2 Lemaitre, Monique J., Elvia Carrillo. *La Monja Roja del Mayab*, Monterrey, México, Ediciones Castillo, 1998, p18.

3 Lemaitre Op. Cit.

4 Magaña Equivel, Antonio, *La tierra enrojecida*, México, Porrúa y Obregón, S.A., 1951, p. 52.

a la mujer en sus decisiones para ser madre. Impulsó la educación y estableció la Universidad Nacional de Sureste, hoy UADY, Universidad Autónoma de Yucatán.

Por iniciativa de su hermana Elvia se estableció el derecho al voto femenino en 1922 y en 1923, fueron electas diputadas locales la misma Elvia, Beatriz Peniche y Raquel Dzib Cicero.

El reto a las mentes conservadoras de la época era demasiado grande, en mayo de 1924 Felipe Carrillo Puerto fue fusilado junto con tres hermanos y 8 de sus colaboradores en el panteón de Mérida.

Las reformas alcanzadas fueron hábilmente cotrarrestadas, como lo estudió Marta Acevedo, con la invención del Día de las Madres por el periódico *Excelsior*, entre otras medidas que ayudaron a revertir los cambios revolucionarios que se habían alcanzado y con la ayuda del Episcopado Mexicano, la Cruz Roja y naturalmente la Cámara de Comercio, convierten a la mujer exclusivamente en paridora. El 10 de mayo de 1922 se inició la cruzada en contra de los métodos anticonceptivos, del amor libre, de la emancipación y los derechos de la mujer a votar.

Después de que matan a su hermano, Elvia siguió siendo diputada, a pesar de haber vivido lo mismo que aquella mujer que nació esclava y que vio claramente cómo se desintegraba su mundo y nacía otro diferente, en el cual sólo con inteligencia podría seguir luchando por conservar lo bueno del mundo que se perdía. Así lo hizo y Elvia se vino a la Ciudad de México para seguir luchando por conservar lo bueno del mundo que había perdido y muchos años después se consiguió el derecho de la mujer a votar.

Siento que este 8 de marzo en México tuvo una carga y un significado especial porque a pesar de los 100 años transcurridos desde que estos dos varones feministas y Elvia Carrillo Puerto, la Monja Roja del Mayab, llevaron a cabo portentosos cambios en aquella sociedad que veía en la mano indígena sólo una fuente de enriquecimiento, las mujeres indígenas siguen siendo las proletarias del proletariado.

Hoy, un grupo de valientes jóvenes nos viene a decir “Ni una más, ni una menos”.

Aquel movimiento social empezado por unos hombres feministas y un ramillete de mujeres valientes del Estado de Yucatán consiguieron el voto de la mujer y avances en todos los aspectos de su vida; que pronto, después del asesinato de Carrillo Puerto pasaron a ser letra omisa.

Elvia murió de edad avanzada, pobre y sola, ignorada por una sociedad en la que es más valioso tener que ser, como lo diría Erich Fromm.

Los cambios sociales toman mucho tiempo, a veces demasiado. En mi no cabe ninguna duda de que esos cambios están de nuevo ante una sociedad, en esta Universidad que ha abierto sus puertas y sus oídos para que juntos, varones feministas y mujeres podamos hacer entender a México que ya basta de violencia.

Sé que tenemos un rector aliado del feminismo y que se ha rodeado de los mejores especialistas para integrar un frente común con la lucha feminista de este 2020. Por favor volvamos a clases y busquemos juntos un nuevo camino que termine de una vez por todas con los abusos y las inequidades en contra de la mujer. Tomemos el ejemplo de estas mujeres de las que hablé y de los hombres que las acompañaron buscando un mundo mejor y no olvidemos que ese mundo mejor pasa inevitablemente por la educación.

**Texto del mensaje en la entrega del Reconocimiento Sor Juana Inés de la Cruz, el 5 de marzo de 2020.*

“**Aquel movimiento social empezado por unos hombres feministas y un ramillete de mujeres valientes del Estado de Yucatán consiguieron el voto de la mujer y avances en todos los aspectos de su vida**”



CONFESIÓN DE PARTE

Para Lucas

Guadalupe Valencia García

Coordinadora de Humanidades



Cuando le dije a mi nieto Lucas, a sus casi cuatro años, que vendrían a buscarlo sus papás, él me corrigió de inmediato: no tengo papás dijo, sino papá y mamá. Eso me dio la oportunidad de afirmar su dicho y señalarle que, en efecto, él tenía papá y mamá y otros niños papá y papá o mamá y mamá. Y sólo hasta allí llegué ese día.

¿Por qué nunca me había percatado de que el plural padres o papás, excluía a las madres y mamás del universo? Seguramente porque yo también, como muchas y muchos, era presa del lenguaje, de las formas de nominar que crean el mundo al decirlo. Y lo modelan como un universo de hombres, de padres, de hermanos, de primos, sobrinos y de todas las formas de parentesco que excluyen a la mitad del mundo: a las madres, hermanas, tías, sobrinas y primas.

Solemos, sin embargo, hablar de cuñadas o cuñados y de suegras y suegros: formas de nombrar en las que el parentesco se define de manera menos directa. Luego nos referimos claramente a las amigas y amigos, a las y los conocidos, a las y los colegas. Y descubro, así, que a menor familiaridad en nuestras relaciones más posibilidades tenemos de nombrar a esa mitad del mundo.

La familiarización del mundo, su naturalización, va de la mano de las relaciones más primarias, básicas, íntimas. En el hogar aprendemos lo que dictan siglos de cultura y repetimos, sin saberlo, los decires y las prácticas que nos colocan en un lugar o en otro, y que incluso logran tornarnos invisibles o inadmisibles. Desnaturalizar y desfamiliarizar el mundo son, cognitivamente, operaciones revolucionarias. Cuando logramos distanciarnos de lo conocido, cuando desmontamos y derribamos lo sabido, abrimos nuestras mentes al asombro continuo. Se trata de un mundo más amplio e inclusivo, de una realidad más abarcadora que requiere de una forma de conocer más compleja, más rica, más vital.

Cuando reflexiono sobre todo esto me doy cuenta de que la adopción de una narrativa incluyente, feminista, con perspectiva de género, no evita que repitamos un mundo que, de tan familiar, se auto-explica y torna intangibles e impensables a los sujetos (as) no nombrados (as). Lo impensable toma la forma de lo no-dicho, lo innombrado que tiene, en su propio ocultamiento, sello de clase, de raza, de género. Bien dice Bauman que la familiaridad es enemiga obstinada de la curiosidad.

Sin haber estudiado a fondo las teorías y perspectivas feministas tuve la gran suerte de escuchar a mis colegas del CEIICH, y a otras más de la UNAM y de otras universidades



**En la UNAM han
ganado terreno y han
logrado importantes
avances, aún faltan
cosas por alcanzar pero la
lucha no acaba nunca, siempre
podremos mejorar en la
búsqueda de la igualdad”**

del mundo, debatiendo sobre el cuerpo, la violencia, el género, el patriarcado, el feminicidio. En particular me beneficié de las enseñanzas de María Ángeles

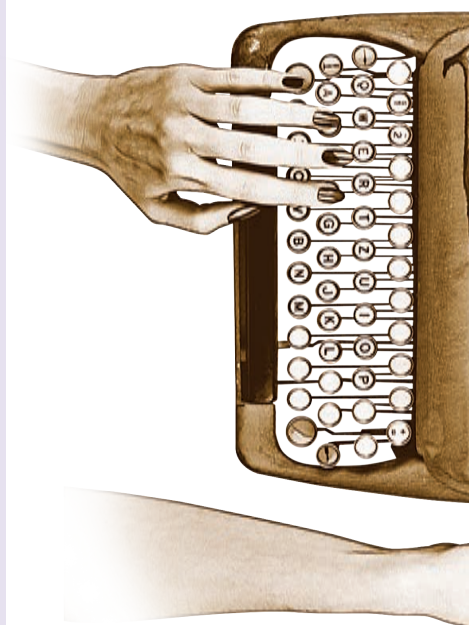
Durán sobre el tiempo de las mujeres. He aprendido a desaprender, siendo apenas una principiante en temas de feminismo.

Pero la operación desnaturalizadora, en su dimensión política, me ha sido develada por las jóvenes estudiantes. Han dicho: ¡Ya basta! ¡Si matan a una nos matan a todas! ¡Nos queremos vivas! ¡Ni una más! ¡Yo sí te creo! Y han logrado cimbrar, con su palabra, a la mitad del mundo: a las madres, hermanas, tías, sobrinas, amigas, compañeras y colegas que hoy se reconocen en su lucha.

Tienen razón en sus demandas. Las vejaciones han sido largas y cuantiosas y la discriminación está a la vista. En nuestra UNAM las mujeres organizadas han ido ganando terreno. Hoy pareciera que luchan no sólo por ellas sino por varias generaciones de mujeres discriminadas, vejadas, violentadas: por sus madres, sus abuelas y bisabuelas, por todas las mujeres que las precedieron. Parecen tener prisa. Ojalá comprendan que lo que naturalizamos en siglos tendrá que ser desmontado en algunos años: sin pausa, con paso seguro, paulatinamente, ganaremos las formas de decir y de actuar, innovaremos en las formas de reivindicar nuestras diferencias, podremos andar sin miedo, reír juntas.

En la UNAM han ganado terreno y han logrado importantes avances, aún faltan cosas por alcanzar pero la lucha no acaba nunca, siempre podremos mejorar en la búsqueda de la igualdad. Ojalá nuestras jóvenes sepan reconocer sus triunfos y continuar la lucha con las aulas abiertas. La educación laica, libre y gratuita es un derecho conquistado. Hoy se ha logrado que sirva, también, para innovar en una educación que sensibilice a todas y todos sobre la necesaria igualdad a la que aspiramos. Una igualdad que no es posible sin la otredad, sin la necesaria reconstrucción de las masculinidades. *Sólo soy si tu eres* dice Franz Hinkelammert aludiendo al prodigio de la verdadera otredad. *Sólo soy si tu eres* podrían decir los hombres nuevos a las mujeres que luchan. Su propia existencia debiese depender de la integridad de nuestras vidas. Tenemos derecho a vivir, a vivir sin miedo, sin ninguna forma de discriminación.

El otro día Lucas me interrogó: ¿sabías que el color carne no existe? me preguntó y enseguida me explicó que hay muchos colores carne y me mostró varios colores de piel escondidos en sus crayolas. Y me volví a asombrar con su sabiduría de niño. Ojalá crezca libre y libertario.



ESCUCHARLAS, CREERLES, ESTAR A SU LADO

Socorro Venegas

Directora General de Publicaciones y Fomento Editorial

La escritora Marcela del Río cuenta una anécdota que hace sonreír a quienes la escuchan. Hay algo de sorpresa e incredulidad en esa respuesta a sus palabras. Esto es lo que cuenta: el caso de una mujer que quería escribir y tenía que hacerlo a escondidas, en secreto. A su marido esto lo sa-

caba de quicio, hasta que un día de plano tiró la máquina de escribir de su mujer por la ventana. Ocu-

rrió el siglo pasado. ¿O no? Hace poco, mientras veía la película *Los adioses*, que narra episodios de la vida de Rosario Castellanos, pensé cómo el sonido de los teclazos sobre la máquina aislaba a la autora de *Balún Canán*. Esa necesidad de soledad, de mundo propio, era lo que el señor celoso quería cancelar. También fue durante el siglo pasado que Virginia Woolf asestó esta enorme verdad: “una mujer debe tener dinero y una habitación propia para poder escribir novelas”.

Mientras tecleo en la computadora, en la UNAM hay espacios tomados por jóvenes universitarias que se han pertrechado para protestar y hacerse escuchar. Pienso en ellas, en sus legítimas demandas, las imagino tras el cerco que ellas mismas han levantado para protegerse. Mucho más que los teclazos, aquí la barrera para apartarse del mundo han sido sus posturas firmes. Esta no es una sociedad que proteja a las mujeres. En todos los ámbitos, en todos los niveles lo hemos padecido, lo sabemos.



Gracias a un reportaje publicado muy recientemente por la agencia de noticias The Associated Press, firmado por María Verza, podemos verlas, comprender qué profundas son sus convicciones y sus heridas, y que cada demanda suya no tiene un rostro, sino muchos. La periodista pudo estar veinticuatro horas dentro de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, sintió cómo cala el frío en la madrugada, cuando varias de las jóvenes estudiantes se sacuden el sueño entre cobijas. Estas guerreras tienen familias, trabajos que atender, tienen preocupaciones, tienen miedos.

Me gustaría que no se sientan solas. Quiero invitar a devolverles la mirada. Creo que no hay otra forma de avanzar, hay que comenzar por eso y seguir por hacer que cada una de las nuevas medidas que la UNAM ha anunciado para garantizar la seguridad de las mujeres en todos sus espacios, sean realidades contundentes. Al tratarse de la mayor universidad pública de México, emerge una extraordinaria oportunidad: que las nuevas políticas se repliquen en otras instituciones. Necesitamos escucharlas. Necesitamos creerles. Necesitamos que se cumplan nuestros derechos.

Hace unos días un amigo español, sorprendido por las cifras de feminicidios que se cometen a diario en México, me dijo: los hombres son portadores del virus de la violencia y las que mueren son las mujeres.

Ni una más.

LA LUCHA DE LAS MUJERES POR LA EQUIDAD Y LA PROFESIÓN DE ENFERMERÍA EN MÉXICO

Rosa Amarilis Zárate Grajales

Directora de la Escuela Nacional de Enfermería y Obstetricia

E

n términos cuantitativos, las mujeres somos, en México, 51 por ciento de la población. Sin embargo, ni las oportunidades de empleo ni los sueldos nos favorecen; la violencia sexual contra nosotras va en aumento, en la misma medida que la impunidad; los asesinatos de mujeres ocurren a toda hora, en todos los estratos sociales, a lo largo y ancho del país, y cada vez con mayor violencia.

En el México del siglo XXI, ser mujer es una desventaja; ser mujer indígena, una fatalidad; ser mujer, indígena y pobre, una tragedia; ser mujer, joven y atractiva, un peligro mortal. ¿Hasta dónde tiene que llegar esta catástrofe para que entendamos: 1) que todos provenimos de una mujer; 2) que atentar contra una mujer es atentar contra la humanidad, y 3) que hombres y mujeres merecemos nacer, vivir y morir con dignidad?

Prototipo de mujer adelantada a su tiempo, Florencia Nightingale (contemporánea de mentes ilustres como Augusto Comte, Carlos Marx, Federico Engels, Julio Verne, Víctor Hugo, Federico Nietzsche y Carlos Darwin, entre otros) fue promotora del movimiento para la formación y el cuidado con una visión científica, humanística y moderna. Nightingale ostenta el título de iniciadora de un movimiento para reconocer la necesidad de la formación profesional de enfermeras y su importante labor en la disminución de muertes en hospitales. Desde sus aportes teóricos publicados en *Notas de enfermería* (1859) hasta la fecha, la profesión ha sufrido cambios como quizá ningún otro campo de conocimiento. De ser una actividad realizada preponderantemente por mujeres, subordinada a otras disciplinas, con escaso reconocimiento social y caracterizada por el origen humilde de sus practicantes, ha pasado a ser una profesión de alta demanda en el sistema educativo nacional y universitario, con excelentes perspectivas en el mercado laboral –tanto nacional como internacional– con presencia de un contingente de hombres que ingresan y ejercen la enfermería¹, un prestigio creciente entre la población, y con posibilidad de acceder a estudios de posgrado de especialidad, maestría y doctorado.

Durante el siglo XX, la enfermería fue ejercida en México primero a nivel de estudios técnicos y con la visión exclusivamente hospitalaria para la atención curativa, auxiliando al médico. Luego transitó a estudios técnicos universitarios; y a partir de 1968, a estudios universitarios de licenciatura, aunque mantuvo –en los hechos– su condición subalterna por varios años, con escasa visibilidad y con la imagen



“

***Esta transformación
en el paradigma
de la enfermería
ha ido de la mano
con el cambio de rol alcanzado
por las mujeres dentro de
la sociedad mexicana”***

social de ser, las enfermeras, ayudantes de los médicos. De manera discreta, sin aspavientos, miles de mujeres hemos enfrentado situaciones difíciles con los pacientes, la familia, otros miembros del equipo de salud, y cargado con el estereotipo que los medios de comunicación han asignado. Preguntas como ¿Y por qué estudiar enfermería? O afirmaciones vejatorias y machistas. Por ejemplo: la enfermería es una profesión para mujeres, porque requiere de paciencia, abnegación y ternura, cualidades típicamente femeninas, según los parámetros existenciales de quienes las expresan.



En el México del siglo XXI, la enfermería –sobre todo la universitaria– ha revertido esa herencia marginal y dependiente, y se ha convertido en una de las opciones más atractivas para los jóvenes que ingresan a los estudios de licenciatura en la UNAM, tanto en la ENEO como en las facultades de Estudios Superiores Iztacala y Zaragoza, las tres entidades en donde se imparte. Actualmente, su práctica está sustentada en rigurosos principios científicos y humanísticos. Ha crecido su demanda, sus salarios han mejorado, sus roles se han diversificado, y dejaron de ser exclusivamente asistenciales para incursionar en la administración de instituciones de salud, la docencia y la investigación. En este contexto –y en esta edición especial de nuestra *Gaceta* por el Día Internacional de la Mujer– es pertinente reconocer a todas las enfermeras (en su mayoría mujeres) que poco a poco hemos ganado espacios y dignificado la profesión. Enfermería es, hoy, una disciplina en la que las personas confían plenamente.

Esta transformación en el paradigma de la enfermería ha ido de la mano con el cambio de rol alcanzado por las mujeres dentro de la sociedad mexicana. La equidad obtenida en los ámbitos familiar y cultural se corresponde con una dignificación y revaloración del papel de la enfermera al interior

de los centros de trabajo, trátese de hospitales, escuelas, centros comunitarios o centros de investigación. En efecto, de 1950 a 2020 la profesión de enfermería –idealizada en la figura femenina– se ha emancipado del tutelaje médico –representado por la figura masculina– en igual medida a como lo ha logrado la esposa respecto del marido, y la mujer respecto del hombre. En 1950, ser madre era un imperativo moral; hoy, es una decisión libre y soberana para una gran mayoría de mujeres. En aquel año, la enfermera era la asistente del médico; hoy, son colegas en los equipos de salud y traba-

jan interprofesionalmente. Es cierto que no podemos echar las campanas al vuelo, porque persisten rezagos e inequidades; pero el cambio está en marcha.

2020 ha sido denominado por la Organización Mundial de la Salud como Año Internacional de la Enfermería, a propósito del bicentenario del nacimiento de Florence Nightingale (1820-1910). Este acontecimiento debe servir para visibilizar el papel de la enfermería en el cuidado de los seres humanos y su enorme contribución en todas las transiciones de vida y salud de las personas.

Como gremio, tenemos que exigir igualdad de condiciones laborales y económicas, reconocimiento a la colegiación, la certificación y los estudios avanzados al interior del sistema de salud, tanto público como privado. Como universitarios, nos corresponde el deber de contribuir, con nuestros conocimientos, talentos, compromiso y honestidad, al engrandecimiento de nuestra *alma mater*. Como profesionistas, hombres y mujeres tenemos que demandar al Estado mexicano que haga realidad el derecho a la salud. Y como mexicanos, debemos exigir el cese inmediato del clima de violencia y de la violencia de género: hostigamiento, agresiones y feminicidios. Hagámoslo por nuestra salud y nuestro bienestar. Por una vida digna para todos.

1 En México se reportan, a junio del 2018, más de 305,204 enfermeras y enfermeros, de los cuales el mayor porcentaje son mujeres y laboran en hospitales. *Estado de la enfermería en México SSA*, 2018.

